

Maestros

Chiño

LA declaración del Año de la Memoria está permitiendo reconocer la labor y la entrega de muchas personas que permanecieron durante años en el olvido, por haber servido en el bando de los vencidos de la guerra española. Una de las vertientes de este año es lo que se ha venido en llamar memoria histórica, un término equívoco a partir del cual se han organizado actos de reconocimiento cívico a muchos ciudadanos silenciados.

El riesgo de la memoria histórica es la deriva hacia un historicismo reduccionista, la tentación de elevar a categoría de ciencia lo que no dejan de ser puntos de vista, seguramente muy interesantes, sobre determinados acontecimientos del pasado. Como cabía esperar, esta declaración entró en el terreno de la bronca política, aquella más perversa por la cual se pretenden dirimir episodios del pasado en función de los intereses de los partidos actuales. Esta devaluación, a la cual entiendo que han de asistir horrorizados los estudiosos de la historia, ha permitido que muchas personas opinen desde tribunas, no en su condición de historiadores o investigadores.

Lo más edificante que este columnista ha observado es el testimonio de maestros de la época republicana, personas lúcidas que hablan de su compromiso con la sociedad, con la educación, con el deseo de construir una sociedad mejor y más justa. Maestros que asumieron su condición de guías para aquel pueblo lleno de hambre, piojos y analfabetos; maestros que acudieron al derrumbe estrepitoso de sus sueños. Estos saben transmitir, se les entiende de forma natural, se explican por si mismos, por sus vidas.